IX

Como dos horas después del diálogo con Fermina, el antiguo cabecilla fumaba en el mismo cenador de floridas enredaderas, pero solo ya y sin cuidarse de que su rostro reflejase el formidable estado de su ánimo. Este era tal, que no recordaba Gurrea otro parecido, y la imposibilidad de ejercer actos de violencia le exasperaba doblemente. La sangre, fuerte y espesa, se agolpaba á sus sienes y hacía resonar en su cerebro estrépito como de galope de caballos, y el veterano reconocía, en la contracción involuntaria de sus dedos y en la sequedad de su boca, las sensaciones que preceden á las horas de lucha mortal; sensaciones al fin homicidas.

Intentó sin embargo reflexionar, calculando la dirección de los acontecimientos. Al obtener que Fermina se prestase —aunque recelosa— á acelerar su enlace, realizándolo en el improrrogable plazo de tres días, había pasado a despacho de Jacinto, significándole la resolu-

ción de su hermana. Y en el marido—¡oh desprecio!—encontró Gurrea una oposición chancera y culta, una repugnancia á alterar el orden establecido, que le impulsaron á abrir los ojos á aquel mentecato... No se determinó á semejante enormidad; pero cuando Jacinto, sorprendido del empeño de Gurrea, pidió razones, el general, mordiendo rabiosamente el bigote, gruñó:

—Ya soy perro viejo, don Jacinto, y no doy puntada sin nudo. Lorenzo es un muchacho... y, sin vanidad, un muchacho como un pino de oro...

—Por cierto que sí—exclamó Jacinto, con la apasionada sinceridad de su admiración hacia la belleza.—No lo sabe V. bien, general. Lorenzo es objeto de museo, y le he rogado á Bonnat que me estudie su cabeza, poniéndole una gola, algo de traje del XVII...

—Mas valdría—objetó Gurrea amostazado,—que Dios le diese, en lugar de hermosura, prudencia, que eso de la hermosura es mojiganga, y en los hombres me irrita. Con la edad y el tipo de Lorenzo, se corren en París mil peligros... y no digo más, ni me pida V. que diga, sino que se guíe por mí, y me deje adelantar la boda.

Jacinto se echó á reir, y sin cesar de examinar una cajita esmaltada muy curiosa que acababan de traerle, murmuró entornando sus ojos finos y rebuscones:

—Vamos, general... que si es por eso por lo que quiere V. ir á paso de carga... No estoy

enterado, pero una de dos: ó lo de Lorenzo es alguna intriguilla, ó es una pasión fulminante, de esas que (créame V.) no abundan tanto y nos gustan mucho á los amigos de la poesía y del arte... ¡En el primer caso .. déjelo V. correr! ya se deshará... ¡En el segundo... que es el inverosímil... ni V. ni yo lograremos nada! La pasión es más fuerte que nosotros y que el mundo, amigo mío...

Mientras Jacinto se expresaba así, Gurrea, literalmente, trepidaba como una caldera de vapor sujeta á presión excesiva y próxima á estallar. Las frases gordas querían subir á su boca, pero el esfuerzo heroico de su voluntad las contenía. Con todo, no pudo menos de refunfuñar:

—Don Jacinto, no me pregunte, que más vale y permítame disponer de mi hijo, que yo sé dónde me aprieta el zapato. ¡Vaya si lo sé!

Y Castellá, con algo de repentina sombra en el rostro, y como un velo de humo en las inteligentes pupilas, insistió á su vez:

—Crea V. que no puedo avenirme á una variación tan inesperada, querido general, sin conferenciar con la interesada, y sin enterar á mi mujer... Echa V. abajo nuestros planes. Al quitarnos el luto haríamos una bonita boda, en Santo Tomás de Aquino, convidando, dando á nuestros amigos un almuerzo decente, todo en regla. El *trousseau* no está corriente, ni lo estará en algunas semanas, aunque matásemos á las bordadoras; los trajes mucho menos, porque váyales V. con apremios á sus majestades

los modistos; el aderezo de mi madre, que regalo á Fermina, desmontado; en fin, la novia no tiene qué ponerse .. Crea V. que este achuchón es un desatino irrealizable.

—Pues se realizará, señor don Jacinto. Me río de las zarandajas de la vanidad, cuando juegan más graves intereses.

—Es que esos graves intereses no los veo.

—Los veo yo, y basta. Fíese en la experiencia de un veterano.

Y después de esta categórica declaración, levantóse el general y salió al jardín, porque le alarmaba el giro que había tomado el diálogo. Castellá se encogió de hombros; no quería discutir tampoco, y prefería estar solo para reflexionar sobre algo que vislumbraba, y que tenía tonos sombríos.

Gurrea midió de arriba abajo el jardinete, donde ya secaba el sol el aljófar salpicado por la manga de riego, y donde las rosas y las glicinias empezaban á despedir su penetrante esencia de las horas meridianas. A seguir sus impulsos, el veterano destrozaría las flores, vengándose en ellas del coraje que se veía precisado á esconder. Con el cigarro apretado entre los dientes sanos aunque amarillentos, Gurrea Pinós se refugió en el cenadorcillo, lejos de las fiscalizadoras ventanas del hotel. Estaba irritado hasta contra sí propio, y empezaba á temer que el grande y salvador principio de que uno mande y los demás abedezcan ciegamente, como sucede en la monarquía absoluta, no fuese aplicable á la vida real en nuestros

tiempos. El maldito afán de discurrir, el libre examen, el racionalismo impertinente de todos —hasta de Fermina, bajo cuya sumisión protestaba la sospecha—estorbaban el único remedio eficaz para curar á Lorenzo y restablecer el orden moral en aquella familia. Mil antecedentes se reunían para contrariar á Gurrea. Fermina alarmada; Jacinto súbitamente receloso, con indeñnible recelo; Teodora resuelta, Lorenzo ya en abierta rebeldía... eran datos para que el general temiese una derrota, á la cual estaba bien decidido á no resignarse.

Lo que contribuía á sacar de quicio al viejo era el tardío paso de las horas, que se deslizaban con cruel lentitud entre la soñolienta paz del jardín lleno de sol y dulcemente perfumado por las flores, y que tal vez señalaban para Lorenzo las etapas de una dicha infame. Los criminales—así les llamaba redondamente el general—estaban fuera de casa desde las ocho y media, y los rayos del astro, completamente en su zenit, indicaban que eran más de las doce. Si Gurrea Pinós pudiese creer en la eficacia de una carrera al través de París para encontrar á la pareja, ¡dónde estaría ya, y á qué medios de locomoción no hubiese acudido! ¡Pero la maldita ciudad, encubridora y cómplice, les prestaba seguro asilo, y bien podían reirse del enojo del padre! ¡Ah! ¡en cuanto pareciese Lorenzo, ya le guardaría y le aislaría con un centinela de vista, si era preciso!

La ira del viejo no recaía toda en los delincuentes. Si algo bueno daría por estrangular á

alguien, ese alguien era Jacinto, á quien echaba la culpa. Creía el general—y tal vez no fuese descaminado,—que, dada la autoridad efectiva del marido sobre la mujer, á él incumbe la responsabilidad de cuanto ella hace. Bueno que de Lorenzo me encargue yo—pensaba Gurrea atormentando el cigarro—que eso me toca por ley de naturaleza y por derechos sacratísimos que ejerzo en nombre de Dios; pero á esa bribona, quien debe tenerla á raya es su legítimo dueño. Hay hombres que andan en dos pies por misericordia divina, y ¡baraja francesa! estos que se dedican á recoger madera apolillada y trapos con mugre son del número. ¡Ya podía mi mujer faltar de casa cuatro horas mortarles acompañada de un caballerito como Lorenz ¡En las Arrepentidas la meto... ó *más abajo!*

Y un pensamiento tétrico, feroz, cruzó como exhalación tempestuosa por la mente del general. Jamás había dudado de que el marido y el padre poseen sobre la esposa y el hijo omnímodos derechos, y su convicción de que hay estados y situaciones peores mil veces que la muerte, suscitó de nuevo la visión de una tragedia en que el honor quedase vindicado, y la conciencia, altiva y gloriosa, se alzase por cima del dolor y de los afectos del corazón, malos consejeros de transacciones y flaquezas. Gurrea Pinós, aunque rudo y embotado para la estética, era hombre que cultivaba sus ideales, y si entre los personajes históricos tenía un héroe favorito, era un admirable bárbaro—profundamente español: —aquel que se ríe con desprecio de otro héroe de queso de nata llamado Guillermo Tell y de su juego de la manzanita; era, en fin, Guzmán el Bueno. Firme en su persuasión, el veterano repetía: «La mujer... es cuenta del marido; el hijo... ese, conmigo se las habrá.»

Al mirar el reloj por centésima vez, Gurrea Pinós vió que faltaban diez minutos para la una, y casi al mismo tiempo oyó, por detrás de la verja, el pesado rodar de un vehículo que debía de ser coche simón. Aprovechando la elevación del cenadorcito, miró por la redonda ventana practicada en las enredaderas, y vió que en efecto se acercaba sin prisa un coche de alquiler, y por debajo de la capota notó como asomaban los pliegues de la falda y los bien calzados pies de la señora de Castellá. «Viene sola», fué la primer idea del veterano; y experto en sorpresas, al punto ideó una. Salió del cenador y se emboscó en un grupo de lilas y citisos, esperando á que Teodora entrase. El primer resultado de la estratagema fué que pudo ver el rostro de Teodora cuando ésta ni sospechaba que la atisbase nadie. Habíase bajado del cochecillo sin más que un distraído *bonjour* al cochero, indicio de que la carrera estaba pagada de antemano; y al oprimir el botón de la puerta para llamar, el general comprobó en el semblante de la esposa de Castellá huellas de una emoción profundísima, y á la vez algo que recordaba la expresión extática de los rostros de ciertas imágenes que se veneran en los templos. Pero al sentir los pasos del jar-

dinero que corría á abrir, instantáneamente, como el que se pone un antifaz, Teodora borró de su cara, con violento esfuerzo, semejantes indicios delatores, y la sonrisa jugó en su boca, y su voz sonó tranquila al decir:

—¿Qué hay, Will, qué hay? ¿Ha preguntado por mí el señor? Se me figura que vengo retrasada para el almnerzo; avise V., avise que ya puede Giácomo dorar los *maccaroni*...

Gurrea oía maravillado, admirando la presencia de espíritu de la mujer que recordaba tan oportunamente el ínfimo detalle que debía de preocupar en aquel momento la caprichosa golosina del marido, encantado desde hacía un mes con el cocinero italiano que le recomendaba á Teodora un amigo de su familia, desde Turín. Su pasmo aumentó cuando, al salir repentinamente del escondrijo para causar impresión á Teodora, ésta, con el ligero chillido nervioso de la mujer en casos tales, se echó á reir, y palmoteando exclamó:

—¡General... si viese V.! Lorenzo y yo hemos encontrado lo que deseabamos... El devocionario, el devocionario con tapas de oro y pedrería... ¡Ya sabe V. que el devocionario es lo que yo quiero regalar á Fermina desde hace tiempo! ¡Porque ella más ha de ir á misa que al baile!... ¡Vea V.! Es un primor...

X

La admiración del general ante la presencia de espíritu de Teodora sería mayor si pudiese registrar su alma y ver qué decisiva crisis se verificaba en ella. Por lo común, los primeros momentos en que una pasión nos subyuga llevan consigo un estado de exaltación, que, borrando las nociones de lo real, impide todo cálculo y suprime la previsión y el juicio. En la fuerte organización, en la robusta voluntad de Teodora, sucedía el fenómeno contrario. Había pasado un año la esposa de Castellá soñando la victoria sobre Lorenzo, sin pensar qué camino tomaría cuando la obtuviese, porque detestaba los planes prematuros é inútiles. Al conseguirla, en vez de embriagarse con ella y dejarse llevar por la corriente de las impresiones que saboreaba, rehízose, dominó el tumulto de una alegría casi satánica, y solo pensó en trazar con mano que no temblase las líneas del porvenir. Contaba con la aquiescencia pasiva

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.